

## ESTUDIOS

### [BIÓTICA. UN NUEVO ARRAIGO PARA LO HUMANO EN EL MUNDO TECNOCIENTÍFICO]

**Raúl Villarroel Soto**

Profesor Instructor

Departamento de Filosofía

Facultad de Filosofía

Universidad de Chile

## RESUMEN

Se analiza el sentido de la tensión manifiesta entre ética y desarrollo científico tecnológico en el contexto de la sociedad contemporánea, la que plantea un desafío a la reflexión acerca del presente, en la medida en que lo que se pone en juego es la definición de un arraigo verdaderamente humano sobre la Tierra. Se explicita el rol que le cabe desempeñar a la Bioética en esta circunstancia, por relación a la definición de sus aspectos constitutivos como a su modalidad característica de aproximación a los problemas actuales.

En el prólogo de su célebre escrito «El principio de responsabilidad», Hans Jonas sostiene como tesis inicial que "la promesa de la técnica moderna se ha convertido en una amenaza, o que la amenaza ha quedado indisolublemente asociada a la promesa". A continuación señala que el sometimiento que se ha hecho de la naturaleza con el propósito de brindar dicha a la humanidad ha alcanzado un éxito de tal envergadura que ha terminado por enfrentar al hombre al mayor reto de su historia, puesto que lo que el hombre puede hacer hoy en día no tiene parangón alguno con lo que ha sido capaz de hacer anteriormente. En consecuencia, ninguna de las éticas habidas precedentemente —piensa Jonas— podría instruirnos con respecto a los criterios que deben regir a este nuevo poder o a sus posibles resultados. Sin embargo, advierte —en un sentido semejante al destacado por su maestro Heidegger cuando evoca el verso de Hölderlin— que en el propio peligro que prevemos podrían descubrirse, primeramente, los principios éticos de los que se desprenderán los nuevos deberes de este nuevo poder. Esto es, aquello que él denomina la "heurística del temor"; es decir, la posibilidad de que en medio del peligro crezca propiamente lo salvador, ya que esta misma y previsible desfiguración de lo humano contribuirá a esclarecer la idea de hombre que debe ser alejada del peligro.

Entonces, si tenemos en cuenta esta consideración preliminar, podremos acceder al sentido de lo que a continuación se pretende enunciar, al sentido de la tensión presente entre ética y desarrollo científico-tecnológico, que plantea un particular desafío a la reflexión contemporánea en la medida en que lo que se pone definitivamente en juego a estas alturas es la definición de un arraigo

verdaderamente humano sobre la Tierra y que constituye una real apuesta de futuro para un pensamiento todavía en desarrollo como es la bioética, en las actuales circunstancias del mundo.

Ahora bien, si consideramos los planteamientos de Gilbert Hottois, podríamos concordar en que, si el tema de la bioética se ha impuesto tan marcadamente durante los últimos años en el mundo, ello es, indudablemente, debido a que ésta representa en sí misma, por una parte, un cambio de actitud frente a una cotidianeidad que ha sido tradicionalmente desatendida en algunas cuestiones fundamentales, y por otra, a que está referida a un ámbito particular como el que define a nuestro presente histórico, en el que un conjunto de problemas se plantean y se van entretejiendo de una manera teórica pero al mismo tiempo muy concreta; sobre todo por relación a una cierta amenaza que —como se ha enunciado— se ve fuertemente ligada a la técnica y que, aunque no es nueva, hoy se aparece como más eficaz que antes, puesto que el sistema es cada vez más complejo y difícil de controlar.

En efecto, para quien quiera reflexionar sobre las cuestiones éticas suscitadas por el desarrollo tecnocientífico contemporáneo, en relación a todas sus implicancias y a todas sus consecuencias, la bioética puede ser considerada como una disciplina de corte paradigmático, ya que las significativas mutaciones provocadas por la ciencia y la técnica modernas en el campo de la acción humana impiden a toda ética anterior situarse a la altura de los desafíos del presente, pues, como dice Jonas "La tierra virgen de la praxis colectiva en que la alta tecnología nos ha introducido es todavía, para la teoría ética, tierra de nadie". En este sentido, la bioética, como ética de la actualidad, no sólo persigue tener vigencia para los hombres y problemas de hoy, para el ámbito inmediato e interpersonal de nuestros contemporáneos, sino que, al mismo tiempo, quiere tener en vista la salvaguarda de nuestros descendientes con respecto a las consecuencias desastrosas de nuestras propias acciones presentes, ello como imperativo incondicional que garantice su existencia futura; puesto que ahora —como nunca antes en la historia—, cada paso efectivo que se da en la transformación del mundo, pone en juego toda una condición de riesgo imprevisible o de daño irreversible para el futuro, incluso para el más próximo. En consecuencia, la bioética parece cobrar realidad en el marco de predominio de un saber como el científico que no es —como cree Jean Ladrière— ni sapiencial ni contemplativo sino meramente operativo, y en un contexto en el que las nuevas circunstancias (técnicas) que han comenzado a modificar la naturaleza de la vida humana y el poder de la acción del hombre sobre la Tierra, exigen también un cambio en la perspectiva de la reflexión ética con que dichas situaciones se han asumido tradicionalmente.

¿Y qué podemos entender, entonces, por bioética? El término, sin duda, no se refiere a una nueva disciplina tecnocientífica - su vocación filosófica e interdisciplinaria no permitiría verla de este modo- , nos dice Hottois, ni tampoco a una nueva ética de aspiración universalista referida a la vida humana. Además, aunque los problemas ocasionados por las tecnociencias biomédicas ocupan un

lugar de importancia en ella y la reflexión haya estado preferentemente recluida en el ámbito hospitalario o confinada a la relación médico—paciente, y en los debates pertinentes los profesionales tecnocientíficos (médicos o biólogos) tengan una presencia numerosa y mayoritaria, la bioética no se identifica cabal e inmediatamente con la ética o la deontología médica tradicionales; éstas últimas constituyen, más bien, capítulos y variantes muy importantes de una problemática global que, además, involucra otros asuntos correspondientes a un amplísimo haz de aspectos conflictivos entre los que, también, podríamos incluir cuestiones relativas a la manipulación (biotecnologías, ingeniería genética...) y a la preservación de especies no humanas, vegetales y animales, tanto como cuestiones relativas, de manera más general, a la gestión respecto de la biosfera en su totalidad.

Al mismo tiempo, la bioética parece representar una de las grandes apuestas del presente por contribuir en la búsqueda de soluciones para problemáticas humanas generales y específicas en las que concurren innumerables factores determinantes y que se encuentran vinculadas a ámbitos políticos y económicos de decisión global. En este sentido, podríamos considerar como problemas susceptibles de ser analizados o definidos a partir de una orientación bioética, por ejemplo, la distribución de recursos en las áreas de servicios, o el diseño curricular y metodológico de los sistemas de enseñanza en sus diferentes niveles, o la planificación e implementación de sistemas generales de desarrollo social y comunitario, o la definición de las políticas públicas de comunicación y desarrollo cultural, entre muchas otras de semejante índole. Se podría decir por esto que, al menos en un cierto sentido, la bioética tiene claros desafíos políticos que enfrentar, en la medida en que su discurso aspire, primero, a traspasar las estrechas delimitaciones académicas en que actualmente se confina e intente, luego, permear aquellas esferas en que tales decisiones se toman, con la pretensión de sensibilizar a todos los actores allí involucrados, para conseguir una redefinición amplia y consistente de los parámetros usuales de comprensión e intervención sobre los fenómenos de alcance, interés y beneficio público, que suscitan problemas a menudo insolubles y arrojan consecuencias nefastas de todo tipo en una multiplicidad de ámbitos. De acuerdo con esto, parece razonable concebir el discurso bioético como una construcción de profunda naturaleza "etopolítica", como una instancia propicia para la creciente aproximación de dos realidades que en la actualidad transitan evidentemente por caminos paralelos. Por esto mismo, la significación del término "bioética" ha tenido hasta el momento un carácter confuso y polisémico; por una parte, los profesionales sanitarios han querido ver en él una nueva posibilidad de configuración para su deontología profesional, mientras que por otra, los ecólogos o ecósofos lo han comprendido como la mejor alternativa para el surgimiento de una nueva conciencia social referente al futuro de la existencia humana, amenazada por una actitud irresponsable ante el entorno, principalmente ahora que la crudeza de la crisis ambiental la grava de un sentido de urgencia inexcusable.

De tal manera, se podría sostener —como lo hace Hottois— que la bioética cubre

ese vasto territorio comprendido entre la ética deontológica de la medicina, centrada frecuentemente en problemas próximos a la filosofía de los derechos del hombre, y la "ética ambientalista" o "ecoética", o "ecosofía" como también se le suele denominar, centrada en el proyecto de una "solidaridad antropocósmica" y en vecindad con una filosofía de la naturaleza preocupada de las dimensiones evolucionistas y premunida de una voluntad de rediseño postmetafísico de "lo humano", lo que se entiende filosóficamente como un factor susceptible de acometer la superación o la reversión del aniquilamiento progresivo del medio derivado, impensadamente o no, de la lógica avasallante del dominio técnico planetario, de la consideración de la naturaleza en términos de *Bestand*, como diría Heidegger.

De esta manera la bioética transita por el complejo sendero de las transformaciones contemporáneas en busca de una sensibilidad moral que trascienda o contenga sus efectos devastadores, tanto en lo que concierne al hombre como en aquello que está referido a las demás formas naturales, que por una determinada posición de la subjetividad moderna - que ha enfatizado la centralidad de lo humano y las ha relegado a una localización periférica- se han visto llevadas a una condición de riesgo y, en ocasiones también, al extremo de su definitiva desaparición —o cuando menos a su utilización indiscriminada con propósitos no del todo nobles.

Podríamos definir la bioética, de una manera sólo general, con el exclusivo propósito de intentar entendernos, señalando que ésta designa un conjunto de problemáticas de naturaleza y relevancia ética (es decir, en las que los valores y cuestiones que se ponen en juego sólo pueden resolverse mediante actos de elección libre e informada) suscitadas por el cada vez más creciente y avasallador poder de intervención tecnocientífica en el ámbito de la vida orgánica, especialmente, aunque no en forma exclusiva, sobre el hombre.

Al mismo tiempo, la bioética designa, si no una verdadera metodología, al menos sí una forma de aproximación característica a este tipo de problemas, que aparece como una exigencia emanada de la propia complejidad objetiva de las cuestiones que en ella se plantean. En efecto, el pluralismo que la define se impone como una consecuencia de la complejidad y diversidad de las sociedades humanas en las que se plantean conflictos de similar índole, en los que pueden reconocerse asuntos concernientes al hombre, a sus valores, a su sentido, a sus fines y frente a las que ningún individuo o grupo puede arrogarse o adjudicarse la propiedad exclusiva de sus respuestas. Al respecto, H. T. Engelhardt, jr. sostiene en su obra «Fundamentos de Bioética» que ésta se encontraría a punto de desarrollar la *lingua franca* de un mundo muy preocupado por la salud, pero carente de una perspectiva ética común; lo cual hace suponer que la bioética se desarrollará como una dinámica de racionalidad no confesional en una época de gran incertidumbre.

Por lo mismo, la bioética ha de entenderse como un planteamiento eminentemente

secular, no religioso ni confesional; es decir, se supone que desde la observancia del respeto a la libertad de conciencia y creencias, ella debe sustentarse en un marco mínimo de moralidad que pueda ser exigido y explicitado como base de entendimiento civil y no particularista ni propio de grupo de confesión alguno.

En relación a esto mismo, la bioética debe comprenderse en función de un criterio de autonomía que constituya la fuente exclusiva de la moralidad y no desde fuentes heterónomas o externas, ni apelando a estructuras esenciales que puedan determinar canónicamente guías para la deliberación y la acción.

Debe comprenderse, además, a partir de una racionalidad en apertura y desarrollo, que se apoya en principios pero que se orienta, a la vez, por consecuencias para decidir, y que implica un concepto de responsabilidad ya no sólo imputable individualmente, sino también en cuanto "corresponsabilidad" susceptible de ser activada y movilizada por esas mismas consecuencias que suelen desprenderse hoy de las actividades colectivas. Es claro que no se trata, ciertamente, de un fenómeno nuevo; sin embargo, el tema de la responsabilidad no tuvo nunca antes una relevancia mayor como objeto de preocupación ética, puesto que, tanto el saber como el poder tenían delimitaciones demasiado estrechas como para que se empeñara la reflexión en la previsión de sus consecuencias futuras, y mucho menos como para que se llegara a incluir en la conciencia de tales riesgos derivados al planeta entero. Hoy en día, como todos sabemos, el asunto es completamente diferente.

Y más allá de toda ilusión absolutista, la bioética debe concebirse como pudiendo superar también el mero convencionalismo ético, estatuyendo principios de aspiración universal pero sujetos a una continua reflexión, a una permanente revisión.

Por otra parte, se puede señalar que la bioética ha surgido en relación a ciertas formas de la investigación y el desarrollo científico en las que el carácter *tecnocientífico* es decisivo y mediante las cuales se encauza un perfil experimentalista, manipulador e intervencionista, activo y técnicamente armado como el que caracteriza a la ciencia contemporánea - al parecer, es con la genética que habría comenzado a imponerse el término "manipulación", para describir los aspectos esenciales de la investigación ligada al criterio de desarrollo científico.

Algunas de las producciones donde la tecnociencia se ha mostrado más marcadamente como "obstinación excesiva de lo posible" —sostiene Hottois— parecen ser las ciencias biomédicas; por ello, no es difícil advertir el serio riesgo que está implicado en esta tendencia ya que, estando en juego precisamente aquello que podemos definir con la categoría de "lo vivo", el principio de la "libertad de investigación" se hace peligrosamente próximo a una dimensión no ética: aquella del imperativo que considera obligatorio, necesario, y hasta imprescindible, hacer todo lo que resulte posible en este orden, sin considerar

límites ni medir consecuencias.

Esto nos hace pensar, luego, que la bioética debe enmarcarse en el contexto de una suerte de "solidaridad antropocósmica", que adquiere en el mundo contemporáneo una dimensión progresiva en la medida que el decurso de la investigación ligada a un criterio de desarrollo va dejando tras de sí una estela de problemas agudos que afectan de múltiples formas a la existencia del hombre actual.

Variadas razones pueden explicar esta tendencia paradigmática que impregna el breve tránsito de la bioética hasta nuestros días, una de las cuales tiene relación con el hecho de que las tecnociencias biomédicas tienden a ver al hombre desde un punto de vista cada vez más biológico, cada vez más biofísico, más bioquímico. Es decir, como un ser vivo, entre otros, que considerado de una cierta manera consecuente con sus enfoques, no puede distinguirse del resto de los seres vivos sino en forma muy leve; y no como un ser de estatuto ontológicamente diverso al de la realidad natural, sea éste trascendente o sobrenatural o espiritual.

La explicación de la amplitud y del éxito de la creciente experimentación con animales para la puesta a punto de prácticas terapéuticas posteriores en el hombre, se fundamenta, de hecho, en esta proximidad biológica. Sin embargo, esta creciente biologización reviste también serios riesgos, dramáticos peligros; sobre todo, cuando dejan de tener importancia otros imperativos que parecen ser insoslayables y previos a los imperativos meramente tecnocientíficos. De ahí, entonces, la relevancia que va adquiriendo en la gestión médica una "biología humana" y el profundo sentido adquirido por el debate en el que la medicina es acusada de deshumanizarse y de haber adoptado un enfoque principalmente "bio" (- lógico, - químico, - físico), y queriéndose a sí misma como una tecnociencia puramente experimental, en vista de la investigación, ha ido abandonando y mermando su propia vocación global; esto es, la del arte de curar, de dar asistencia, de ayudar y socorrer al hombre que sufre.

En segundo término, se podría mencionar otro aspecto de esta misma creciente sensibilidad antropocósmica característica de la bioética: aquél que busca poner de relevancia una profunda solidaridad entre el hombre y la naturaleza; vale decir, el de las preocupaciones ecológicas, ecoéticas, ecosóficas —como diría Guattari. En las que se atiende a los grandes peligros para la biosfera, al respeto por los derechos y al cuidado de los animales no humanos y de lo vivo en general; sobre todo en el momento actual, cuando "el planeta Tierra vive un período de intensas mutaciones tecnocientíficas, como contrapartida de las cuales se han suscitado fenómenos de desequilibrio ecológico que amenazan a corto plazo, si no se les pone remedio, la implantación de la vida sobre su superficie". Aun más, cuando desde las esferas de decisión política y desde las instancias ejecutivas de primer nivel mundial se muestra una casi total incapacidad de aprehender esta problemática en su conjunto, en la totalidad de sus implicancias, dado que sólo lo hacen, y parcialmente, desde una visión exclusiva de naturaleza tecnocrática para

la cual son generalmente más relevantes los intereses económicos; cuando, en realidad, sólo una articulación ético-política, ético-económica, sería susceptible de clarificar convenientemente estas delicadas cuestiones, para acceder a respuestas verdaderas a la crisis presente, a escala planetaria, desde una radical reorientación de los objetivos de la investigación y desenvolvimiento científicos y de la producción de bienes materiales e inmateriales que haga previsible la implementación de un nuevo tipo de desarrollo, menos "salvaje" o más sostenible; ya que, donde quiera que uno dirija la mirada, puede apreciar una idéntica paradoja: por una parte, el cada vez más creciente y sostenido despliegue de nuevos medios tecnocientíficos, provistos de una capacidad potencial para resolver los problemas ecológicos prevalecientes y para reequilibrar las actividades socialmente útiles en el planeta; y, por otro, la manifiesta incapacidad de las fuerzas sociales organizadas y de las formaciones subjetivas constituidas para valerse de esos mismos medios y tornarlos operativos con miras a la resolución de aquellos conflictos.

Por ello, esta transformación decisiva, además, no deberá estar simplemente referida a las relaciones de fuerzas visibles a gran escala, sino que tiene que involucrar, también, a los campos moleculares de la sensibilidad, de la inteligencia y del deseo; del interés por los que podrían ser concebidos como "nuevos dispositivos de producción de la subjetividad" —así los denomina Guattari—, orientados más bien hacia una resingularización, tanto individual como colectiva, que a una reproducción uniforme de índole *mass-mediática* que sume a los individuos en dispositivos de publicidad generadora de angustia y frustración, como la que experimentamos hasta ahora, y sin que por ello se vean necesariamente excluidos objetivos unificadores que puedan tener en cuenta, por ejemplo, los grandes problemas del hambre mundial, de las enfermedades epidémicas, la deforestación del planeta o los riesgos del armamentismo nuclear. Se trataría, en este sentido, de la producción de existencia humana en los nuevos contextos históricos, de una reconstrucción del conjunto de las modalidades y actuaciones del ser-en-grupo, a través de la invención de nuevas enunciaciones colectivas referidas a la pareja, la familia, la escuela, el barrio, etc.; en síntesis, se trataría de la producción de lineamientos para la recomposición o refundación de las praxis humanas en los más variados dominios, o dicho de otro modo, de recomponer una concertación colectiva capaz de desembocar en prácticas innovadoras, en una nueva modalidad de arraigo para lo humano en el mundo de la tecnociencia.

Al parecer, una de las enseñanzas más claras del debate bioético, tanto teórica como práctica, y que sin duda deriva de las más recientes posiciones ante la ética, es que se reconoce la existencia de un número indefinido e importante de cuestiones serias respecto de las cuales los seres humanos manifiestan graves dificultades para alcanzar acuerdos, debido a que no todos tienen la misma concepción del mundo y de la vida, ni la misma posición ante valores que se muestran inevitablemente diversos, heterogéneos o disensuales en nuestro tiempo. El estatuto de un embrión, el aborto, la contracepción, el derecho a las

prácticas sexuales libremente escogidas, la definición exacta de la vida y de la muerte, la reconfiguración de la familia contemporánea, el eventual clonaje de seres humanos, el derecho a procrear, el derecho a disponer del propio cuerpo para los fines que se deseen, la eutanasia, la reproducción asistida, los derechos de las animales no humanos, la productivización indiscriminada de las especies naturales, la viabilidad y la calidad de vida de la especie humana en el futuro cercano, etc., son sólo algunos de los temas centrales en los que debaten pensadores, religiosos, políticos, científicos de diverso sello, sin que logren alcanzar un punto de consenso más o menos definido. Sin embargo, en ningún caso se trata de cuestiones periféricas sino fundamentales puesto que, de hecho, constituyen los temas centrales y más cruciales de nuestro tiempo, y en cada uno de ellos se juega una definición del hombre, de la vida y de la muerte.

Por esto mismo, el debate bioético representa agudamente la vertiente de pluralidad que cabe atribuir a nuestras sociedades tecnocientíficas, en una lectura que dé efectivamente cuenta de los cambios por los que atraviesa el mundo actual, una vez que se hace prácticamente imposible seguir suponiendo la vigencia de un fundamento común y hegemónico, capaz de mantener su primacía como modelo explicativo sin tener que recurrir a coacciones o violencia manifiesta o encubierta para afirmar su posición; el debate bioético, de este modo, se perfila como una forma de argumentación abierta, en movimiento, cuya pretensión dista mucho de querer forzar a compartir las mismas convicciones a todos los miembros de una sociedad.

La bioética muestra, más bien, la multiplicidad irreductible de nuestras sociedades y, por ende, el carácter dogmático, totalitario, paternalista e intolerable de toda voluntad no pacífica de dar a las preguntas bioéticas respuestas de pretensión universal, sustentadas en principios y fundamentos absolutos que busquen imponerse amparadas en la figura de una supuesta "única verdad". La bioética puede invitar, principalmente, a modificar el punto de vista pretenciosamente fundamentalista por un punto de vista *regulador*—si se acepta, *débil*—, al menos en aquello que concierne al establecimiento de una ética común. Porque el hecho de llegar a admitir que no exista ni un horizonte ni un fundamento absoluto o común para la experiencia humana, no constituye real impedimento para que los hombres y mujeres actuales, a partir de su diversidad, hagan un cierto número de cosas juntos sobre la base de un acuerdo mínimo respecto de la vida social plural, que obedece a una ética evolutiva y permanentemente abierta a todas las voces del presente, una ética que admite que la historia contemporánea está siendo definida cada vez más por el incremento de una comprensión polifónica y heterogénea de la subjetividad.

## **Bibliografía**

LADRIÈRE, Jean. Les enjeux de la rationalité. Aubier-Unesco. Paris. 1977.  
ENGELHARDT, H. T. jr. The Foundations of Bioethics. Oxford University Press. 1986.

Gracia, Diego. Fundamentos de Bioética. Eudema. Madrid.1989.

Guattari, Felix. Las tres ecologías. Pre-textos. Valencia. 1990.

Hottois, Gilbert. El paradigma bioético. Una ética para la tecnociencia. Anthropos. Barcelona. 1991.

LYOTARD, Jean-François. "Notas sobre sistema y Ecología". La secularización de la Filosofía. Gianni Vattimo (compilador). Gedisa. Barcelona. 1992.

Jonas, Hans. El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica. Herder. Barcelona. 1995.

Guattari, Felix. Caosmosis. Manantial. Buenos Aires. 1996.